



CAPÍTULO XIII

Un antiguo conocido. Gordoia propietario

QERCA de la Catedral había un inmenso grupo de gentes que leían un papel y hacían comentarios al retirarse. Me acerqué abriéndome paso, y leí un bando de Baz, el gobernador del Distrito, conminando con penas á los que hicieran circular, distribyeran ó guardaran en su poder pasquines sediciosos.

— Pues de nada han de servir esas cosas; se dirá y se seguirá diciendo y se escribirá y seguirá escribiéndose, á pesar de los pesares. No faltaba más sino que después de sus gracias, todavía quisieran que les adornaran con rositas las palabras, vociferó tras de mí una voz conocida.

Involuntariamente volteé y ví á un clérigo trigueno, con rostro de vejiga á causa de la exudación adiposa, la

nariz chata, la boca grande, las mechas lacias y caídas sobre la frente. Una sotana, á trechos falta de botones y chorreada de chocolate, de cera de velas y de pringue asqueroso, y un sombrero de teja grasiento y desaseado, completaban el conjunto de la persona.

— ¡Don Juanito de mi alma! gritó el bárbaro cesando de rezongar. Don Juanito, dichosos ojos que le ven... Me habían dicho que se había muerto en el Sur, peleando contra Santa Anna.

— No, padre Esteban, aquí estoy dando guerra y creo que tengo para rato.

Era el padre Esteban, mi amigo, mi compañero de pupilaje, en casa de doña Mencía; pero no con aquel aspecto seráfico de marras, sino con el de un clerigón de misa y olla, de los de manteo terciado, cigarrillo ensuciándole los dedos amarillentos, alzacuello con una orla de porquería, como esquila de defunción y ojillos desfachatados y saltarines.

De un bolsillo interior sacó una bolsita mugrosa, con grecas rojas y verdes, de estilo azteca, una buena cantidad de tabaco picado, desató un montón de hojillas tiernas de maíz, ya cortadas y dispuestas, lamió una haciéndome estremecer de horror, y me ofreció un cigarro.

— Gracias, no los gasto.

— Ya lo creo; usted, que es señor catrín, gastará habanos; yo me conformo con estas pobrezas. *Necessitas caret legis...*

— ¿Y qué hace ahora, Padre?

— Por lo pronto, leer las atrocidades que manda poner en las esquinas el pillo de Baz. ¡Infeliz! No quisiera verme en su pellejo; de tizonazos le va á dar el diablo por todas las picardías que está haciendo contra la Iglesia... Cuando lo vea trincando con Lucifer en el mero cazo mocho, con sus copas de plomo derretido en las manos, sus collares de serpientes al cuello y sus zarcillos de alacranes en las orejas, creeré que hay justicia en el otro mundo. ¡Bandido! ¡Y pensar que en las manos de este bellaco están la Iglesia y sus ministros! Que no conspiren, que no escriban pasquines ni proclamas incendiarias. ¿Y qué más se le ofrece al angelito? Y para que vea el caso que le hago, mire. Y alzándose las faldas sacó de entre cuero y carne un montón de impresos.

— Lea, lea, don Juanito, y verá lo que es cajeta.

Y leí con asombro:

«¡¡¡Atención, mexicanos!!! *Alarma.* Veis con asombro cómo el Gobierno tirano de «Comonfort» ha calumniado á los sacerdotes de San Francisco, no más por cogerse la plata de la Iglesia; comenzar á destruir nuestra religión y profanar esos lugares santos que respetarían Martín Lutero y Pedro Calvino. ¡Mexicanos, no permitáis esto! ¡Primero la muerte, que destruyan la religión! ¡¡Odio eterno á los tiranos!! ¡¡La maldición de Dios caiga sobre estos hombres de nefanda memoria!! ¡¡Sobre estos ladro-

nes sacrílegos!! ¡¡Malditos sean los puros todos de Dios y de los hombres!! ¡Viva la *inmunidad* de la Iglesia!»

Me alargó otro, y me dijo:

— Ahora, entérese de éste; es de buena pluma y bien meneada.

« ¡¡Alerta, mexicanos!! Ese partido que se llama puro,



quiere exterminar la religión que nos dieron nuestros padres; los pasos que están dando, nos lo indican: unión, y seréis verdaderamente libres; empuñad las armas, tened valor y triunfaréis de los impíos. ¡Muerte y exterminio á estos malvados, asesinos, cobardes, sacrílegos, ladrones de los bienes del clero! ¡Sí, mexicanos! No os dejéis alucinar por más tiempo de estos pillos sin honor, que, por

una parte, os halagan con banquetes, y, por otra, os sacrifican con contribuciones para mitigar el hambre que os devora y enriquecerse con el sudor de vuestro trabajo; ya es tiempo de que conozcáis vuestros derechos: cuando un pueblo quiere ser libre, verdaderamente libre, nadie lo contiene. Abandonad vuestros hogares, lanzaos al combate, y lograréis hacer la felicidad de vuestra desgraciada patria. ¡Viva la religión! ¡Muera Comonfort y sus sectarios! ¡Muera Baz y sus esbirros! ¡Abajo el Congreso!»

— ¿Qué dice usted?

— Que esto se llama incitar á la rebelión y al asesinato.

— Compadre, ¡cuánto sabe y no se ha muerto! Tiene usted un talento macho que no le cabe en la cabeza... ¿Conque á la rebelión, eh? Pues de eso se trata, de darles su merecido á estos bribones.

— Pero ¿qué lenguaje es ese, padre de mi alma? Yo le conocía á usted una palomita incapaz de otra cosa que de arrullar.

— ¡Arrullar, arrullar... yo les daré sus arrullos!... Pero, amigo, es que *tempora mutantur*; lo cual en romance quiere decir que llegan tiempos en que hasta á las palomas les salen garras... Usted se acuerda de mí, ¿verdad? sabe bien que no alzaba los ojos del suelo ni hablaba con nadie; ahora soy otra cosa. ¿No se acuerda usted de que San Francisco, cuando se metió un labriego con un burro

al lugar en que hacía oración acompañado de sus frailes, se levantó y dejó el sitio?

— No lo sabía; pero me figuro que la historia no dirá que el santo cogiera á palos al rústico y al burro.

— No lo dice; pero la verdad es que no todos somos santos, y que cuando ve uno que el asno de la lujuria, de la codicia, del robo, viene contra uno y lo cocea, es menester coger un garrote y partirle los lomos.

— ¿Y de dónde bueno viene ahora el padre?

— Vengo de la *refolufia*, hijo, de la *bola*, de la revolución... He andado con Osollos, con Miramón, con el cura Ortega, con Grijalva; pero al fin me convencí de que no he nacido para vivir sujeto á otro... Solo, con mi caballito y mis armas, soy la gente, y en menos que se lo cuento, levanto cuarenta ó cincuenta rancheros que son capaces de dar la vida por su padrecito Agredano.

— ¿Y no piensa ir á Puebla?

— ¡Quién sabe! al fin, nada se pierde ensayando y viendo qué tal se portan esos coronelitos de nuevo cuño.

— Déjeme llevarle á conocer á un amigo que le ha de gustar.

— ¿Le agrada la *conserva*, eh?

— La prefiere á cualquier dulce, aunque se lo den en platos de oro.

— Es de los míos, es de mi gente; lléveme con él, don Juanito, que tarde se me hace verlo para darle un abrazo.

Cuando llegamos á casa de Gordo y preguntamos por él, nos dijeron que estaba arriba, en sus habitaciones. Como yo no sabía que tuviera habitaciones aparte del honrado zaquizamí en que le había conocido, me sorprendí; pero no tanto como cuando me lo hallé en los altos, sentado á una mesa modesta pero bien servida, y á Pancha, su mujer, muy aseñorada y fina, compartiendo el desayuno con su marido.

— ¡Capitancito de mi alma! Mira, Pancha, quién está aquí, el capitán La Llana... Pero ¿qué milagro es este, capitán? Vaya, y en buena compañía, porque viene con un señor sacerdote.

— A quien les presento como un buen amigo y correligionario de ustedes.

— ¡Ah, qué Juanito, siempre tan bromista! ¡Si yo no me meto en política!... El que vive de su trabajo, no puede saber de eso, porque lo que es la *mecatona* no se espera; y sucede que mientras usted anda por ahí averiguando si son galgos ó podencos, la santísima torta se escapa, y no hay manera de agarrarla... ¿Verdad, padre?

— Sin embargo, ensayó Agredano, estamos ahora en tiempos en que todos tenemos que ser políticos ó que prescindir del nombre de mexicanos.

— ¡Ave María Purísima, padrecito! No es para tanto, no es tan bravo el león como lo pintan.

— No, porque es más bravo todavía.

— Y á todo esto, Gordo, no sabía que usted viviera aquí; creía que habitara la casa otra familia.

— Sí; pero ya habrá oído decir el señor capitán que de los hombres se hacen los obispos... La familia que vivía aquí se marchó, y yo le dije á ésta: «Pues óyeme, y ¿qué estamos haciendo en este mechinal, en que apenas caben tu carne y la mesita en que garabateo las cartas que me encomiendan las *gatas* enamoradas? Vámonos subiendo, que al fin la casa nuestra es, y no teniendo hijos, ni padre, ni madre, ni perrito que nos ladre, no vale la pena de que estemos economizando.

— Pues vea usted, amigo Gordo, tampoco sabía que fuera suya la casa.

— A eso iba, mi capitán; no era, pero ya es; la compré al convento de Santo Domingo, y por ante el juez Covarrubias se me extendió la escritura.

— De modo que usted...

— Denuncié la casa, amiguito; veinticinco años cumplí, el día de señor San Luis Gonzaga, de vivir en ella pagando á la comunidad mis veinte reales cada mes, y justo era que ya me tocara ser de las gallinas de arriba... Es verdad que me costó algún trabajillo el asunto, porque como no era inquilino, sino subarrendatario, otros querían oponérseme; pero con ayuda de Dios y del licenciado don Blas Alvarado, mi patrono, me salí con la mía... Ahora, con lo que me pagan el tablajero de á la vuelta, el

tendero de abajo, la costurera de al lado, las nueve familias que viven en el segundo patio y el zapatero que me ha sucedido en mis derechos y obligaciones, la voy pasando tan ricamente...

— Vaya, Gordo, pues le felicito por su cambio de estado.

— Pero no crea, don Juanito, que todo sea vida y dulzura... He tenido que hacer la mar de gastos: tapar goteras, dejar expeditos los caños, cambiar pisos, quitar lozas... Parece mentira, pero los benditos Padres tenían esto hecho un horror. Con decirle que no había llave que funcionara en las cerraduras, ni puerta que estuviera lista, ni pared que no tuviera grietas en que cabía un puño y á veces los dos, le digo todo... Y luego, con esas contribuciones tan fuertes que dicen va á echar el Gobierno, los pobres propietarios nos vamos á quedar á un pan pedir... Si aguardaran siquiera á que uno se enderezara y estuviera firme, muy bien; pero no, apenas empieza uno y ¡zas! llegando y haciendo lumbre... no, no es ese el modo, no es así cómo se crían el hombre respetable y el propietario rico...

— Claro, Gordo, habla usted como un libro; pero ¿qué va á hacer usted cuando no hay en el Gobierno quien piense con la cabeza? Ese Lerdo de Tejada es un peruétano infeliz, que apenas si sabe dónde tiene la mano derecha.

— Eso no, capitancito; dispésemelo, pero no es verdad que don Miguel sea lo que usted dice. Tiene, tiene su *casquís*, y Comonfort también, y lo mismo los otros *gobierneros*; no, si los que echan á perder todo son los consejeros, los *achichinclues*, que por llevarse un poco de dinero ó un pedazo del aprecio de los grandes, son capaces de salirse de misa.

— ¿Y usted qué dice, Francisca?

La pobre estaba más descolorida que su delantal, que era blanquísimo, y no se atrevía á decir palabra de miedo que se le saltaran las lágrimas, que ya la sofocaban.

— A ésta ni le haga usted caso, señor La Llana; los curas la tienen *agorzomada*. Es lo que yo le digo: ¿el padre Martínez te va á dar de comer toda tu vida y á evitar que te *talles* como lo has hecho desde que naciste? No señor; el padre Martínez no te dará más que agua de cerrajas, mieles, palabras bonitas; pero nunca otra cosa. ¿Qué me saqué con servirles más de veinte años? ¿Qué con *isponerme* de día y de noche para que aumentaran lo suyo? Nada. Pues ya llegó la mía, y vamos á ver si me va bien ó mal.

— Pero, figúrese, dijo la vieja llorando á moco y baba, que dicen nos han de *descomulgar* hasta que devolvamos lo mal habido.

— ¡Tonterías, hija, tonterías! ¿Han excomulgado á Moreno y Jove? ¿Han excomulgado al otro Canónigo que

también denunció su casita? Más de seis millones van ya adjudicados, y todos los dueños viven tan tranquilos. ¿No le parece, padre?

Y el padre, que se había aguantado como si estuviera tascando un freno, lívido y sudando tinta, se levantó y dijo lleno de rabia:

— Lo que me parece, que es usted un grandísimo bribón, un bribón y un descarado. ¿Conque á condición de tener casitas, nada le importa arder por los siglos de los siglos en la gehena donde el gusano no muere y el fuego no se apaga? Pues con su pan se lo coma. ¿Conque porque los excomulgados viven lucios, gordos y rellenos, cree que se han de reir de Dios? Pues sepa que toda esa grasa va á servir de combustible á las llamas del infierno .. ¡Bandidos, infames, caníbales! A la hora de la muerte solicitarán un sacerdote, rogarán que se les administre una indulgencia, implorarán por el reino de los cielos, y entonces el representante de Dios dirá: «Llévate tus terrones, camina con tus casas, preséntate ante Dios con lo que te robaste, echa en el platillo de la balanza divina llaves que no funcionan en la cerradura, tabiques que se caen y muros con grietas, que todo eso pesará menos que una pluma comparado con tus culpas de ladrón sacrílego, de hereje codicioso, de bribón sin decoro y sin honra.»

Gordoa se había puesto lívido; había dejado que lan-

guideciera en el plato la sopa de bizcocho empapado en chocolate, se había apoyado las manos en la panza y veía al padre de hito en hito, diciéndole con voz que no alcanzaba saliva:

— ¡Ah, qué padrecito, ah, qué padrecito! Lo toma siempre por donde quema.

— Quien lo toma por donde quema es usted, grandísimo bribón, que lo toma por el lado de las penas del infierno. Con Dios no hay chanzas; Él ha dicho: «Estad preparados, porque no sabéis el día ni la hora en que vendrá el supremo Juez.» Y estos indecentes que no lo comprenden, se limitan á acariciarse la tripa y á hablar de los ladrillos de tabique que han de adquirir y del valor de las losas... Vámonos, La Llana.

Y apenas salíamos, cuando oímos un estrépito que conmovió toda la casa. Las piernas de la dueña de la casa

A su gran pesadumbre se rindieron.

Allá acudía el flamante propietario con jarros de agua fría, cuando Agredano, furioso, me dijo en la escalera:

— Esto no se lo perdono, don Juan. Me ha traído á casa de estos herejes renegados para pasar un mal rato; pero vale que ya les he dicho su precio.

Y sin querer oír explicaciones se alejó esgrimiendo la bolsita con grecas verdes y rojas á estilo azteca.



CAPITULO XIV

El padre Huerta y el polizonte Cuevas

SUFRÍ por esos días el pesar más grande que puede caer sobre un hombre: mi padre, la persona á quien yo más quería y con quien estaba identificado más hondamente, murió á los setenta y dos años de su edad, en el pueblo de nuestro origen, dulce, insensible y alegremente como había vivido. Le lloré como todo buen hijo debe llorar á quien tanto significa para su vida y su ser, y aunque no pude recoger su alientito último, supe que sus pensamientos postreros, los concertados que tuvo antes de que le empezara el delirio que precedió á su muerte, fueron para mí, para mí á quien la lucha por la vida tenía alejado de su casa.